

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de
venta de España y a todos
los Corresponsales, los números
que le falten para tener comple-
tas las colecciones de las publi-
caciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los
números de las publicaciones de

La Novela Semanal Cinematográfica

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta, impresor. - Parcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 285

25 Cts.



**A FUERZA
DE ARRASTRARSE**

POR
Amalia de Isaura
J. Montenegro
etc.

Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año VI

BARCELONA

N.º 285

A FUERZA DE ARRASTRARSE

Adaptación cinematográfica de la célebre obra teatral del preclaro autor español **D. José Echegaray.**

Dirección técnico-artística: **JOSÉ BUCHS.**

Interpretada por

Blanca	Pura de Benito
Josefina	AMALIA DE ISAURA
Plácido	José Romeu
Javier	Antonio Martianes
Claudio	Rafael Nieto
El Marqués	José Montenegro

Exclusiva de LEMIC, S. A.

Mallorca, 236 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
DORIS KENYON

A FUERZA DE ARRASTRARSE

Argumento de la película

Cierto día un águila que anidaba en altísima roca, vió con asombro que un caracol había logrado llegar hasta su altura.

—¿Cómo, con el andar tan perezoso, tan arriba subiste a visitarme?

—Subí, señora — contestó el baboso —, a fuerza de arrastrarme.

HARTZENBUSCH

I

A pocos kilómetros de Madrid existe una riente villa de blanquísimas casas y amplios y aromatizados jardines, rodeada por extensísima y verde campiña. Sus habitantes, gente pácífica, son modestas y honorables familias, que se dejan llevar fácilmente por el cacique ricachón, marqués de Rectamosa.

En una casa solitaria, solo y sin más familia en este mundo que su desmedida ambición, residía Placido Medrano, en un plan muy contrario a sus aspiraciones. El deseo fijo que abrigaba su mente no era otro que el de poder trasladarse a Madrid, donde había cursado el grado de bachiller y estudiado durante tres años la carrera de ingeniero. Era esto mientras vivió su madre, la milagrosa administradora de sus menguados bienes, y en cuyas manos adquirirían éstos un volumen considerable, y el hijo, a pesar de que las rentas eran insignificantes, podía vivir y estudiar en la capital...

Hoy, sin recursos, planteábase para él difícil problema. Mas una idea luminosa vino

en su ayuda al fijar la mirada en un cuadro, retrato de su madre, pintado al óleo por prestigiosa firma.

—Es lo único que me queda; por la firma bien puede valer unos miles de pesetas. Con ellas puedo ir a Madrid.

Siempre Madrid, la gran ciudad, que le atraía como el posible escenario de sus futuros éxitos.

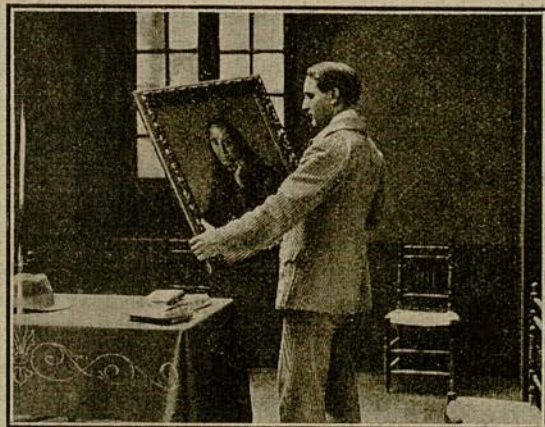
Con esta idea, que ya no debía abandonarle hasta verla realizada, salió a la calle y se dirigió presuroso a una fuente que había un poco distante del pueblo, donde le esperaba su novia: Blanca, la chica más guapa del pueblo, la de más puros y elevados sentimientos, había enamorado de aquel hombre, todo materia.

Su novia ya le esperaba y los dos enlazados muy juntitos, dieron rienda suelta a su pasión murmurándose al oído estrofas de amor e inquebrantables promesas de fe eterna, las que sellaron apasionado beso.

Como pareja eran la envidia de todo el elemento joven del pueblo. Por esto hoy cuando les vieron una colección de chicas, entre las que intentaba gallear Claudio, un pobre infeliz que también vegeta en el pueblo, todos ellos dirigiéronse hacia los dos enamorados,

produciendo gran algarabía con sus alborozados gritos.

Truncado el idilio, todos juntos regresaron al pueblo.



—Es lo único que me queda; por la firma bien puede valer unos miles de pesetas...

Ya en su casa, Blanca halló a su hermano de mal humor. Las cosas allí iban mal, cada vez peor; únicamente se arreglarían si pudieran ir a Madrid. Por cierto que pocas ocasiones se le ofrecerían de hacer el viaje como

ésta; el marqués de Retamosa y su hija se hallaban en el pueblo de veraneo, y como Blanca, cuando en otros tiempos su familia ocupaba más elevada posición, se había educado en el mismo colegio que la hija del marqués, si lo pedía a ésta a buen seguro no iba a negarle protección.

**

pasando una temporada en sus posesiones. Le

El marqués de Retamosa, tan vanidoso como falto de sentido común se hallaba a la sazón acompañaba su hija Josefina, la cual, además de haber heredado la falta de talento de su padre, es desagradable, cursi y mal educada.

Además de estas malas condiciones reunía en su cara y cuerpo tales y tantas imperfecciones, que difícilmente se hubiera podido hallar una muchacha más fea, desagradable y antipática.

A pesar de todo, Blanca, atendiendo los ruegos de su hermano, decidió visitar a su amiga de ayer, con objeto de solicitar ayuda para éste. El criado que salió a abrirles les comunicó que el marqués había salido de caza, pero sí podrían ver a la señorita. Cuando Josefina escuchó el preámbulo con el que Blanca quiso

darle a conocer la situación de su hermano y la suya misma, la atajó diciendo:

—Sí, hablaré a papá en favor de tu hermano. Tú ya sabes que a mí me gusta favorecer a los pobres.

Era éste el primer bofetón que los dos hermanos recibían; no sería el último.

En aquel momento llegó el marqués; venía cansado del paseo por el monte. En un campo, apuntando una liebre mató un burro, perteneciente a un campesino y hubo de pagar su importe en buenas pesetas. Ahora sus primeras palabras, inconscientemente, fueron:

—He cazado una burrada.

Todos como es natural rieron la gracia del señor marqués, mientras él, recordando con sus propias palabras su torpeza, ruborizóse...

Josefina le puso al corriente de lo que pretendían los visitantes, y el marqués, pomposamente, les manifestó que desde aquel mismo instante Javier quedaba colocado en la redacción del diario que por su cuenta salía en la capital, imponiendo como condición la de que Blanca les acompañara para que su hija, sin madre, no se hallara tan sola.

Aquella misma tarde Blanca fué a casa de su novio para comunicarle la buena noticia. Plácido hallábase atareado, y cuando recibió la

visita de su prometida tuvo un disgusto. No quería que ésta se enterara de sus planes. Ella le dijo:

—El marqués coloca a Javier en su periódico de Madrid, pero yo tendré que ir a vivir con Josefina.

—Poco contenta que irás a la corte.

—¿Lo sientes de corazón? Pues dime quédate, y desobedezco a mi hermano y me quedo.

—Voy a probar. Quiero que te quedes.

—¡Pues ya está decidido!

Hablaban de sus cosas y planeaban para el futuro, cuando Blanca observó con extrañeza que en la pared faltaba algo, muy querido y muy valioso.

—¿Y el retrato de tu madre? ¿Qué has hecho de él?

—No me preguntes, Blanca. ¿Para qué están las madres? Para salvar a los hijos. Ve cuanto preparativo. También yo voy a Madrid; iré con Claudio. De modo que no es necesario tu sacrificio.

Plácido marchaba en efecto a Madrid, habiendo vendido el retrato de su madre para financiarse fondos con que hacer el viaje. Le acompañaría el apocado Claudio, con quien estuvo de conversación aquella mañana. Ante

el temor del fracaso que este sentía, Plácido le argumentó:

—¿Conoces la fábula “El águila y el caracol?”

—Sí, pero no te comprendo.

—No podemos ser águilas, pues seamos caracoles. Con tal de subir poco importa los medios. Claudio, cuenta con mi protección y ayuda.

Quince días después, cuando ya Blanca y Javier residían en la corte, ocupando ella una habitación en la misma vivienda del marqués, presentóse Plácido en casa de Javier, y según habían convenido fué presentado al insigne varón para que hiciera también algo por él.

—Mi deseo es trabajar, hacer algo.

—Desde hoy queda admitido como escribiente en esta casa —dijole el marqués, atraído por el acento hipocritón de Plácido.

Desde aquel mismo instante el caracol empezó a arrastrarse.

Unos días después estaba Plácido en el salón esperando la llegada del marqués. Oyó pasos y volvió la espalda a la puerta, y empezó a declamar a la vista de un papel que tenía preparado. Extrañóse el marqués y le llamó la atención.

—Perdón. Estaba estudiando el último dis-

curso del señor marqués, y en mi entusiasmo ante esta obra cumbre, no advertí...

Cuando el marqués salió, una sonrisa de satisfacción iluminaba su rostro; en tanto que Plácido murmuraba:

—Imbécil.

El marqués fué en busca de su hija, y la dijo, refiriéndose al nuevo escribiente:

—¿Sabes que tiene talento ese muchacho? ¡Hay que ayudarle!

La vanidosa Josefina al saber que Plácido se encontraba en el salón, allí dirigió sus pasos apresuradamente, y en el momento mismo en que iba a entrar, habiéndose percatado el adulator, tomó en sus manos una fotografía de ella y estampó un beso, en tanto que murmuraba en voz queda:

—A ver qué dice ese mamarracho de mujer.

Halagada y agradecida Josefina ante aquel mudo homenaje, profirió:

—Estoy muy mal en ese retrato, ¿verdad?

—Está usted encantadora!

Entró Blanca que venía a buscar a Josefina, pues la modista esperaba para probarla un nuevo vestido.

Les encontró haciéndose zalemas. Contrariada Josefina por la llegada de la inoportuna contestó agriamente.

Cuando Plácido se vió de nuevo con su novia ésta le dijo con tristeza.

—Para Josefina soy menos que una criada; sólo está amable contigo.

Y viéndole a él impasible, continuó:

—¿Pero tú me quieres todavía o se acabó tu cariño?

—El día que triunfe te contestaré.

Unos días después Plácido fuese a casa de su amigo y protegido Claudio, al que había logrado colocar en un diario de batalla, y le dió escrito un artículo sobre ciertas interioridades de la vida del marqués, que debía publicarse con la firma de Claudio en el diario en que éste colaboraba. Y cuando salió el diario en cuestión, un amigo del marqués fué a decírselo inmediatamente a éste.

El marqués contestó desde su diario un artículo que escribió Plácido, y en el cual se rebatía de un modo violento las inconsistentes afirmaciones de Claudio Maltrana.

Momentos después viéronse los dos amigos y Claudio se exclamó:

—Para no sé qué fines me diste un artículo contra el marqués y me obligaste a firmarlo, y hoy me contesta su periódico en un artículo sin firma llamándome canalla y malvado.

—Como que no tienes más remedio que batirte.

—De ninguna manera. Me han asegurado que el marqués es un formidable espadachín.

—No seas imbécil; el marqués es aún más cobarde que tú.

Y a continuación dióle instrucciones de lo que había de hacer.

El marqués de Retamosa pronto tuvo noticias del ofendido Claudio, recibiendo la visita de los padrinos de éste.

—El tal don Claudio exige se le diga el nombre del autor, o que responda usted en el terreno.

—Pero si nadie sabe quién es el autor. El artículo recibióse bajo sobre y sin firma.

El marqués temblaba. Consultó con su secretario Plácido:

—Dicen que Claudio es de Retamosa; usted debe conocerle. ¿Qué clase de persona es?

—Un hombre de un valor salvaje. Pero no tiene mérito ninguno porque maneja todas las armas admirablemente. Es un asesino.

—Pues he de batirme con él... — repuso el marqués con voz desfallecida por el miedo.

—Yo se lo suplico, señor marqués. No se bata usted con ese Claudio.

Fué a buscar a Josefina, para ponerla en an-

tecedentes del peligro que corría su padre. Ella le preguntó:

—¿Cómo me encuentra usted hoy?

—¡Arrebatadora!

—Si en vez de enamorarse de Blanca se hubiese fijado en persona más digna de usted...

Ya había llegado donde él quería. Era preciso detenerse un poco. Mudó la conversaci6n.

—Josefina, su padre de usted quiere batirse y pueden matarle.

—¡Dios mío! Qué trastorno.

—Pero no se apure; yo le salvaré.

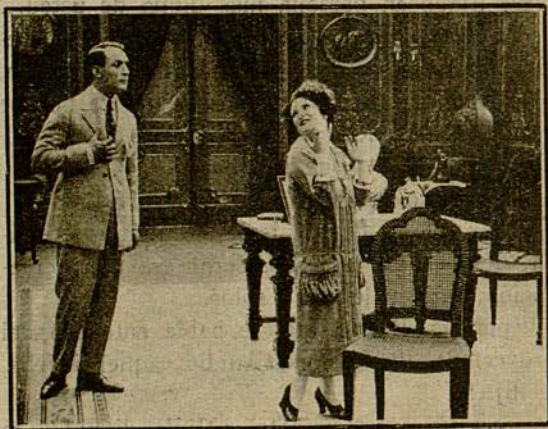
Nuevamente Blanca les halló juntos. Josefina, despechada, por considerar era una persecuci6n, salió y les dejó solos.

Entonces Blanca que se había enterado del proyectado duelo con Claudio, aquel infeliz, le dijo:

—Sigues arrastrándote. ¿Ni la dignidad te pesa, ni el amor que me tuviste te salva? ¡Arriba! ¡arriba!

—Silencio, Blanca. No te cruces en mi camino porque te apartaré.

Ultimábanse los preparativos del duelo, que debía celebrarse en el extenso parque del mar-



—Si en vez de enamorarse de Blanca se hubiera fijado en persona más digna de usted...

qués. Los flamantes padrinos de Claudio dijeron una vez más:

—Ya lo saben ustedes. O se presenta el autor del artículo o acude al terreno el señor marqués.

—El marqués no puede ir a ese duelo. Yo, Plácido Medrano, no lo permito.

El marqués palmoteó como un chiquillo.

—¿Han oído ustedes? Plácido no lo permite.



—Sígues arrastrándote. ¿Ni la dignidad te pesa, ni el amor que me tuviste te salva? ¡Arriba! ¡arriba!

—Sí señores; el autor de ese artículo con que se abofetea a don Claudio, soy yo. ¡Y respondo con sangre de las ofensas!

Estaba majestuoso en estas manifestaciones.

El marqués respiró profundamente, con satisfacción. Fué a abrazarle; y él aprovechó para decirle:

—¡Qué dicha, señor marqués, dar por usted mi sangre!

—Papá, papá, déjame a mi también abrazarle un poquito — reclamó Josefina, que le rodeó gozosa entre sus brazos.

Dirigióse a Blanca.

—¿Y tú no me abrazas?

—¡Yo te desprecio!

El caracol continuaba arrastrándose y ascendiendo.

Plácido se había convertido en el ídolo de la familia. Y aquel mismo día, el marqués, dándole unas palmaditas en el hombro, lo hizo subir a las habitaciones superiores de la casa. Le tenía reservada una sorpresa.

—Estas habitaciones serán las de don Plácido, que dispondrá de dos criados para su servicio.

Quedó solo unos momentos. Penetró el mayordomo, hombre de confianza de la casa, el cual se había dado perfecta cuenta de los procedimientos que empleaba el secretario del marqués, y díjole con sorna:

—Buen alojamiento... Don Plácido; el ex-

celentísimo señor Don Plácido... que a eso vamos.

No contestó a la ironía, pero en su interior germinó un deseo de venganza...

No fué sólo el criado el que se percató de los procedimientos innobles de Plácido; Blanca y Javier también se enteraron, y, ahora, al saberle solo en "sus" habitaciones, fueron para hacerle desistir de sus ideas.

—¡Qué sabéis vosotros! La adulación es el arma más universal. ¡Creéis que soy yo el único ejemplar!

Otra vez los dos novios se vieron cara a cara y solos, resguardados de miradas ajenas. Plácido sintió renacer en su alma aquellos vehementes deseos de querer a Blanca, con la pasión de aquel beso que en otro tiempo no muy lejano les encendía.

—¡Dime algo, Blanquita! Prefiero mil veces tus insultos a tu silencio... — dijo mientras tomaba cariñosamente su linda mano de muñeca.

Descorrióse el portier y penetró Josefina.

—¡A mí, no! Da la mano a ésa y ponte la careta, que se te ha caído.

No pasó del todo inadvertida para la hija del marqués la escena que acababa de suceder

entre los dos enamorados. Y llena de celos y coraje, exclamó:

—¿A quién prefiere, a Blanca o a mí? ¡Contésteme en seguida o reñimos para siempre!

La desventurada novia, con los ojos saltándosele las lágrimas, dejó el campo libre a su rival.

Al ver Plácido que en sus terrenos quedaba solo con Josefina, para demostrarle que quien hacía palpar su corazón era ella, la tomó en sus brazos. Alguien que, indiscreto, espiaba, recorrió en aquel preciso instante el portier del despacho y presentóse ante los atónitos ojos de la pareja. Era el mayordomo, que disfrutaba, como sabemos, de amplia libertad y absoluta confianza. Separáronse sofocados.

—¿Qué inoportuno es ese Tomás!

—Si no fuese porque usted le quiere mucho ya le trataría yo como merece.

—Trátele como quiera. Es inaguantable.

¡Ah! este era el momento que esperaba. Aquel criado tan perspicaz y tan entrometido no convenía a sus fines. Pero sobre todo debía vengarse de la burla que acababa de hacerle.

—¿Quién ha mandado a usted venir? ¡Estúpido! Los criados no acuden sino cuando se les llama.

—¿Cómo!... ¿Qué es eso?

—¡Fuera de aquí! ¡Mamarracho!

Humillado, Tomás se fué con la cabeza baja y el corazón oprimido. Otra vez solos.

—Todo lo que me ha dicho usted antes, ¿habrá sido un sueño?

—No sé, pero yo estaba muy despierta.

Aquella noche Plácido, al hacer el recuento de las partidas que había ganado, se decía, gozoso y satisfecho:

—Esto va no es arrastrarse; es trepar.

Al día siguiente, muy temprano por la mañana, llevóse a cabo el duelo entre Plácido y Claudio en los jardines del marqués. Todos en la casa estaban levantados y esperaban impacientes el desenlace. El más sereno era sin duda el mismo Plácido, que desayunó como si tal cosa y hablaba con todos con el mismo tono de voz y con la misma seguridad de otros días.

El marqués, en cambio, estaba en estado de excitación febril. Cuando ya los ofendidos fueron a dirimir sus diferencias en el campo del honor, el marqués, nerviosísimo, pretendía explicar a todos los que con él se hallaban su estado de ánimo.

—Si yo estuviera en el terreno, jugándome la vida, estaría tranquilo... pero aquí se le pone a uno la carne de gallina...

Sonó un disparo y todos se sobresaltaron. Un instante después, otro, que les acabó de acobardar. La suerte estaba echada. Acaso uno de los dos había entregado a Dios su alma.



—¡Fuera de aquí!... ¡Mamarracho!

Esto era lo que pasaba por la mente de todos. Y es que nadie más que los dos combatientes estaba enterado de que aquel duelo no era sino la burda representación de la trama urdida por Plácido.

El marqués y su hija, presurosos, fueron a preguntar.

—¿Quién ha muerto?

—Nadie. Dos tiros y no ha habido blanco.

Respiraron con satisfacción. El ofendido Claudio se acercó al marqués, y lleno de dignidad le dijo:

—No he retrocedido ante la muerte, pero me humillo ante la noble figura del señor marqués. Mil veces me batiría como me he batido... y mil veces me humillaría como me humillo.

Palabras que habíase aprendido de memoria, siguiendo la lección que le había dado Plácido.

El marqués, enorgullecido de aquel doble y legítimo triunfo, tuvo la idea de que aquello debía acabar bien. Dijo, pues:

—Señores, vamos a almorzar y brindemos por los hombres de corazón.

Mientras se dirigían al salón, donde iba a improvisarse una fiesta, Josefina acercóse a Plácido y le dijo:

—¿Se acuerda usted del sueño de antes? ¿Quiere que sea realidad?

Entretanto los dos hermanos que sabían que Claudio era incapaz de ofender y mucho menos de matar a nadie, se dieron cuenta per-

fecta de la maniobra que se acababa de realizar. Blanca le dijo a él:

—¡El menos ridículo el marqués; el más miserable Plácido! Y envolviéndonos a todos la farsa repugnante. ¡Llévame de esta casa! ¡Aire puro, por Dios...!



Han transcurrido tres años. Plácido ha conseguido el máximo de sus aspiraciones: se ha casado con la hija del marqués, y contando con el apoyo de su influente suegro en el momento que volvemos a encontrarle está a punto de ser ministro. Pero la familia que se ha creado, empieza a asquearle.

De puertas afuera es un gran señor; pero en el interior del palacio del marqués, esclavizado por éste, y tiranizado por su hija, su vida está llena de penas y dificultades. Era muy frecuente oír diálogos como este, entre el suegro y el yerno:

—Creí que no ibas a llegar nunca. Y es que eres terco, y a veces, torpe.

—No decía usted eso cuando le salvé la vida.

—Yo hubiera hecho más, porque yo no

me separo del terreno sin ver sangre mía o ajena..

Javier, alejado desde el día del duelo de sus antiguos amigos, disfrutaba con su hermana de una brillante posición, ganada a fuerza de sudores y trabajo.

Claudio vive a expensas de Plácido y se ha convertido en una especie de secretario, espía y secuaz. Desde aquellas lejanas fechas empezó a manejar dinero, comprendió que le convenía un elemento adicto y confióse a Claudio, el cual más de un favor había tenido ya ocasión de prestarle. Presentóse una nueva ocasión de congraciarse con su amigo y señor y no la desperdició. Tomás, el mayordomo de la casa, fué por fin despedido por Plácido, y para vengarse preparó un folleto infamante contra él, en complicidad con un sujeto de malos antecedentes, llamado "Basi". Claudio tuvo noticias de lo que se tramaba y fué a comunicarlo inmediatamente.

—Es preciso que ese "Basi" venga a verme.

Y luego después, recordando que nadie tenía a su lado que pudiera prestarle un apoyo eficazmente moral, añadió:

—Suplica a Blanca y Javier que vengan. Que me presten con su presencia un poco de dignidad y honradez.

Por la noche hubo recepción en los grandes salones del marqués. Lo más granado de la alta sociedad matritense hallábase congregado en ellos. Las más elegantes damas lucían deslumbradores trajes de "soirée"; y Josefina, viéndose eclipsada por todas, un poco por despecho y otro poco por vanidad empezó a hacer caso de las insinuaciones de un vividor llamado Barrientos, que buscaba la protección del marqués por medio de su estúpida hija. Con palabras zalameras logró convencerla y los dos salieron al jardín, perdiéndose entre las sombras de la noche. No hay que decir que pronto su nombre corría de boca en boca y todas las señoras, con sólo su pronunciación, quedaban escandalizadas.

Un recado urgente para Plácido le tenía distraído de todo. Un enviado especial del presidente del Consejo se presentó para manifestarle:

—El presidente me envía para decirle que cuenta con usted para sustituir al ministro dimisionario.

Este era el último peldaño que pensaba escalar, y, lleno de satisfacción y orgullo le dijo a su suegro:

—Voy a darle la noticia a Josefina.

Pero en el salón vió sólo que le dirigían mi-

radas rápidas, y que su presencia provocaba sonrisas de ironía, mientras que una voz "amiga" le decía sin intención:

—Ha salido al jardín, con Barrientos.

Se mordió los labios de rabia. Subió a su habitación, pues a aquella hora tenía una cita. En la soledad comprendió mejor su situación. Murmuró con voz sorda:

—He subido, y subiré más... ¡Pero a qué costa!

Entró Claudio.

—Ahí tienes a ese hombre — dijo.

Detrás penetró "Basi" que se dedicó a hacer reverencias y pronunciar zalemas incoherentes.

—Basta de palabras—. ¿No ha escrito usted un folleto contra mí, apoyado en no sé qué cartas y documentos?

—Yo no, es el otro.

—Concluyamos. ¿Cree usted que su compañero me venderá esos papeles?

Y le entregó unos billetes de cien pesetas que "Basi" metió rápido en uno de sus bolsillos.

—Es usted muy generoso. Pero el otro dirá que esos documentos valen mucho más. Además, no los tengo aquí. Pero usted ya sabe en qué consisten... una carta sobre cierto desafío... También hay gente muy mala que su-

ponen en usted una magnanimidad respecto a su esposa...

Se lanzó sobre el malvado y sujetándole por las solapas de la americana, iba a abofetearle. "Basi" no perdió la serenidad.

—Cualquiera que entrase de pronto y nos viera, pensaría que éramos tal para cual.

Se serenó.

—Bueno. ¿Cuánto pide?

—Treinta mil.

—¿Treinta mil pesetas?

—El otro vivió mucho tiempo en América, y se acostumbró a contar por pesos...

—¡Esto es una exageración!

—Como liquidación de todo un pasado, no es mucho...

Hizo llamar en seguida a su mujer. Vino disgustada por el proceder de su marido.

—¿Para qué me llamas? He tenido que dejar con la palabra en la boca a Barrientos.

—De Barrientos hablaremos más tarde y largo. Te he llamado porque necesito dinero inmediatamente.

Pero como la chica no tenía dinero recurrió a su padre, quien fué en seguida a enterarse de las novedades que ocurrían para necesitar dinero a aquellas horas de la madrugada. Halló a Plácido paseando nervioso por la habitación.

—Necesito que me dé usted en el acto treinta mil duros. Se está preparando un folleto infame. Y por esa cantidad no se publica. De lo contrario, mañana, Josefina, usted y yo seremos el ludibrio de Madrid.

—Entonces, ¿qué remedio! Pero caro nos cuestas, querido Plácido.

Y el marqués extendió un cheque por valor de 150.000 pesetas y lo entregó a su yerno.

Momentos después, el malvado "Basi" volvía con los documentos y se canceló la operación. Mientras efectuaban el cambio cayéronse unos papeles y cuando se agachó para recogerlos, llegaron Javier y Blanca, que como sabemos habían sido llamados a toda prisa. Al verle con aquel sujeto de mala catadura, Blanca exclamó:

—¡Ay! Siempre arrastrándose.

Quiso acercarse a su ex novia como en aquel tiempo en que los dos eran felices, pero ella le apartó con cierta repugnancia.

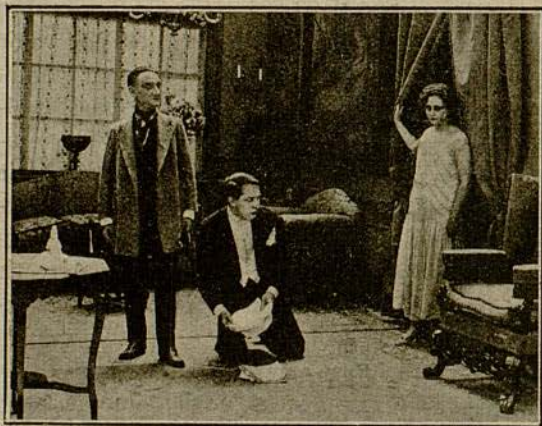
—Por Dios, Blanca; no me regatees el único instante feliz que tengo hace tres años.

—¿No eres feliz? Sin embargo has subido mucho.

—Pues no, no soy feliz; mortal hastío; repugnancia infinita: eso siento.

—Aquel retrato de tu madre, Javier lo pudo adquirir. Te lo mandaré.

—¡No! En tu casa tendrá un altar. Aquí, entre el marqués, Josefina y yo... sería una profanación.



—¡Ay! siempre arrastrándose...

Quedaron los dos abatidos; y Javier asimismo resentido por la escena, apartóse conmovido.

Plácido preguntó con timidez:

—¿De modo que no me desprecias?

—Si fueras feliz, acaso; siendo desdichado, no.

Al cabo de un rato marcharon los dos hermanos, convencidos de que aquel día habían he-



—¡Ahora los tres aquí! Dando un mentís con nuestra felicidad a lo queregonaba ese folleto infame.

cho una obra de caridad: habían logrado que la semilla de la virtud penetrara en el pecho de aquel gran canalla. Al desaparecer el último de los invitados, Plácido, armado de nue-

vo valor, provisto de otra clase de energías apresó fuertemente con sus manos a su suegro a un lado y a su mujer al otro, y les dijo con entonación fuerte y viril:



Plácido estaba triste y Blanca se le acercó...

—¡ Ahora, los tres aquí! Dando un mentís con nuestra felicidad a lo que pregonaba ese folleto infame.

Estaba rojo. Tomó alientos.

—¡ Dice que usted es un vanidoso y un imbécil! ¡ Que tú eres una coqueta sin pudor y

una mujer liviana! ¡ Y que yo soy el más abyecto y miserable de los tres!

Quedóselos mirando fijamente, fieramente, y sin cesar de oprimir con sus fuertes garras las manos de los asustados padre e hija, profirió con voz sorda:

—Blanca me ofreció el retrato de mi madre y la dije: ¡ No! ¡ Entre un imbécil, una liviana y un miserable, no puede estar!

EPILOGO

Algún tiempo después, Josefina murió en un accidente de automóvil, y Plácido, avergonzado de su conducta, renunció a todo y se volvió al pueblo.

Blanca y Javier todos los años pasaban una temporada en la villa. En cierta ocasión se encontraron los tres en la fuente que tan dulces y gratos recuerdos guardaba para ellos.

Plácido estaba triste y Blanca se le acercó:

—Cuando eras rico y poderoso, huímos de tu lado... hoy que eres desgraciado, venimos a consolarte.

Vencido por la grandeza de alma de Blanca, Plácido profirió:

—Por suerte o por desgracia, soy libre. ¿Podré esperar que algún día me perdones?

Las lágrimas surcaron sus mejillas, que se tiñeron de orana, y sabiendo que el arrepentimiento había hecho mella en el pecador, le besó en los ojos...

FIN

Próximo número:

CONTRA LOS YERROS DEL AMOR

por Conway Tearle, Madge Kennedy, Charles
Emmett Mack, etc.

Postal-fotografía-regalo: HUNTLY GORDON

La Novela Semanal Cinematográfica

sale todos los miércoles. Precio: **25** céntimos

¡SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS!

Compre usted mañana:

el libro 85 de la selecta BIBLIOTECA

Los Grandes Films
de

La Novela Semanal Cinematográfica

LA BAILARINA DEL CAIRO

por Priscilla Dean, Robert Ellis, etc.

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!